

MI SEMANA SANTA.

Á JOAQUÍN RODRÍGUEZ.

...

... que la verdad sencilla y la fe ardiente
de los campesinos y de los pobres le avian
a la vida de los cambriles. A la sombra de
los campanarios poblados de nacional
delgado el cambrero en el templo
de tal comunidad hay para el peregrino
de la tierra cosas misteriosas que le em-
pujan y le hablan de un mundo mejor, pa-
rece que allí, cerca de las agitaciones del
mundo, el alma columbra las claridades

MI SEMANA SANTA

A. L. R. O. A.



Si hermosas é imponentes son las ceremonias del culto católico en las grandes basílicas y en las suntuosas catedrales, no lo son menos en el humilde templo de una aldea escondida en los bosques como un nido de perdices entre los zarzales.

Siempre he gustado de visitar esos templos que la piedad sencilla y la fe ardiente de los campesinos y de los pobres levantan á la vera de los caminos. A la sombra de esos campanarios poblados de palomas, descansa el caminante; en el recinto de esos santuarios hay para el peregrino de la tierra voces misteriosas que le consuelan y le hablan de un mundo mejor; parece que allí, ajena á las agitaciones del mundo, el alma vislumbra las claridades

de esa región donde el dolor acaba, donde se aquietan las pasiones, donde le esperan seres amados, los primeros compañeros del viaje de la vida.

¿Por qué no buscar en el campo, lejos del bullicio de la ciudad, en la región montañosa, benéfico descanso durante los días que la Iglesia consagra á la conmemoración de la pasión y muerte de Jesucristo?

En esta vez, como en otras, resolvimos dejar por algunos días la buena ciudad de Pluviosilla, más devota que nunca al fin de la Cuaresma, é ir á gozar, en compañía de muy buenos amigos, de una hospitalidad verdaderamente castellana, en una hacienda situada en la Sierra de Zongolica; ir en busca de paisajes y de colores, de cuadros rústicos y de piadosas emociones. De mañanita, á los rayos de una aurora nacarada que anunciaba caluroso día, salimos de la turrada ciudad, camino de las tierras calientes.

Nos hacían compañía dos amigos de carácter festivo, de inagotable verba, tan entusiastas como nosotros para estas excursiones campestres, que á cambio del cansancio y del molimiento de huesos, dan vigor al cuerpo y oxígeno á la sangre.

Caballeros en sendas mulas iban mis compañeros, y, como era del caso, bien provistos para el almuerzo. El uno, mancebo de veintitres años, alto, descuajaringado, ayer un niño bulicioso y salador, como

cierto monaguillo malicioso y charlatán que alegra con sus diabluras las páginas de la "Calandria," y ahora más afecto á la liturgia católica que á las labores del comerciante, más dado al misal y al brevario que al libro de caja y con incipiente vocación al sacerdocio. ¡Dics se la dé firme y verdadera, no como la de aquel protagonista de la incomparable novela de D. Juan Valera! Se perece por un incensario; se muere por una sobrepelliz, y al juicio de mis benévolos lectores dejo el estimar los entusiasmos de mi amigo en aquel viaje, teniendo, como la tenía, una semana santa en perspectiva, ocho días de solemnes ritos, en los cuales sus servicios de acólito iban á ser necesitados.

El otro, de exigua estatura, de madrileña barba, de ojillos entre adormidos y parleros, de frase chispeante é incisiva, en él delatora de andaluza sangre, muy abrumado con el sombrero de anchas alas, hacía curioso "pendant" al futuro misionero apostólico. Mientras éste hablaba de las graves ceremonias de los días santos, el otro se mostraba profano en demasia, tarareando zarzuelas, declamando versos del Hamlet, como si coreara con melodías teatrales las salmodias de nuestro compañero.

Allí íbamos los tres; un poeta dramático, un novelista y un candidato á la negra sotana; cada uno con su manía, como don

Quijote en Sierra Morena, admirando al rubicundo Febo y al saltador y alegre jilguerillo, cuando la vega de Tuxpango desplegaba ante nosotros sus maravillas tropicales, sus montañas, sus cascadas, sus cuevas penosas, sus cañaverales pintorescos, su espléndido río, que á las primeras luces matinales brillaba como una serpiente de platino. Atrás quedaba Pluviosilla con sus campanarios y sus fábricas, desperezándose á la falda de sus cerros, corriendo á misa á Santa Marta y aprestándose á celebrar devota y recogidamente las fiestas de Pascua.

Saboreando ricos cigarros de Tuxtla, con que la bondad de todo un traductor de Shakespeare acertó á obsequiarnos, bajamos la cuesta de Tuxpango, sitio memorable para algunos miembros de la Prensa Asociada, que más habituados á las lides periodísticas que á ecuestres hazañas, demostraron allí, no ha muchos años, que sus bríos y su letra menuda no eran bastantes á sostenerlos en un bucéfalo pacífico y modorro.

La vega nos recibía con sus mil rumores, con sus embriagantes aromas primaverales, con un calorcillo estival, que por fortuna nuestra se convirtió dos horas después, al tramontar las cumbres de Tlazololapan, en tenue bruma, grata y benéfica.

¡ Hermoso valle! ¡ Rica heredad! Soberbio cuadro el de aquellos campos de caña

de azúcar y de aquellos extensos cafetales ya florecientes, á los que servía de fondo la cordillera, sobre la cual, nota alegre de aquella sinfonía agreste, se destacaba el caserío con sus grandes edificios, su templo, sus ganados, su puente colgante y sus humeantes chimeneas! Gorgeaban los mirlos, gritaba el conchío, parloteaban aves sin nombre, y allá, á lo lejos, cruzaban los peques lanzando desapacible grito, grito bravo, hurraño y montaraz.

En el hermoso puente de los Micos á la vista de un magnífico panorama, ensordecidos por el estruendo de las aguas de Río Blanco, que espumantes y arrebatadas se precipitan allí para juntarse con las del Metlac, nos desayunamos alegremente y dimos fin en poco tiempo á una botella de cierto vinillo de Chiclana, cuyas excelencias recomendamos sin reserva á todos los afectos á lo bueno. Al decir de nuestro compañero, no el futuro misionero para quien todos los vinos son iguales, sino al decir de nuestro amigo el chispeante voceador de versos ingleses y eterno narrador de chascarrillos, el tal vinillo era mejor que aquellos de que habla el comensal de Mecenas:

"Tu heredero, más digno, de su copa
Verterá sobre el suelo el vino raro
Que guardas con candados, y que envidian
Las pontificias cenas." *

* Versión de don José Joaquín Pezado.

Consumidos, y no sin ardiente y regocijada disputa, los últimos restos del famoso vinillo de Chiclana, nuestro donoso poeta dió término al desayuno con un buen par de naranjas de la tierra, y á tiempo que el sol se velaba en densas nubes y aparecían envueltas en movibles gasas las altas montañas que debíamos trepar, y menudísima lluvia alegraba árboles y hierbas, montamos á caballo y emprendimos la marcha rumbo al rancho del Fresnal, donde acaso nos esperaban ya.

Pocos lugares conozco más bellos que ese del Fresnal, situado en una vertiente quebrada en plano y en medio de las más ricas galas de la vegetación tropical. ¡Incomparable vista la que se disfruta desde allí en los días despejados! Al frente el cerro de Chicahuaxtla, cubierto de árboles, con sus rincones de Barrientos y de Cuapichapa, sombríos cafetales, piojales productivos, platanares extensos, y mil cabañas que parecen colgadas de las rocas calizas. Hacia acá, las florestas y sementeras de Zapopan, verdes dehesas donde pacen numerosas toradas, y las rancherías con sus techos pajizos, de los cuales se levantaba, lento y azulado, el humo de las hogueras matinales.

A la izquierda, la fecunda vega de Tuxpango, cruzada por el Río Blanco,—Albano, como clásicamente acertó á llamarle inspirado poeta, en quien el amor al estro

antiguo no extinguía el amor á la musa moderna,—cañales de gayo color, bosques vigorosos, aguas rumorosas, y allá, detrás de la frondosa alameda, la alta chimenea de la fábrica, que en aquellos momentos anunciaba con agudo silbido, que era tiempo de susperder el trabajo.

A la derecha, la Hacienda de Zapopita; los planíos del Fortín; los campos de las Animas, á los cuales presta alegría, con su aspecto europeo, gracioso chalet; la barranca de Metlac, sobre la cual flota al nacer el día blanco velo de bruma; los puentes y túneles del Ferrocarril Mexicano; los pastos de Monte Blanco; las cordilleras de Huatusco, que, en abra inmensa, dejan ver entre las claridades de un horizonte de límpida atmósfera, y en las vaguedades de luminosa lejanía, la mole irregular del Cofre de Perote.

Pero nada de esto vimos nosotros esa mañana. El norte lo envolvía todo con sus nublazones, y así nos conformamos con gozar de la vista del puente de los Micos, que apoyándose en dos rocas gigantescas parece que enarca el lomo para dar paso al impetuoso río que, todo iris y espumas, todo borbotones y estruendo, como ansioso de juntarse con el Metlac, se precipita voceando bajo un arco colosal, verdadero arco de triunfo, que durante siglos entretejieron para honrarle altas ceibas, bejuocos frondosos, convólvulos muelles, orquídeas

de embriagante aroma, bromelias sanguinosas y álamos susurrantes de pulidas brancas y ligero follaje.

Nos esperaba en el rancho un joven agricultor, flor de los ganaderos de aquellos contornos, que debía hacernos compañía. Después de aceptar, más para dar calor al cuerpo que por afición á los alcoholes, una copa de exquisito tequila, y no sin aguardar á que nuestro acompañante cambiara de caballería, muy envueltos en mangas de hule que nos protegían del chipichipi, seguimos adelante. El poeta mustio y silencioso; el futuro misionero salmodiando "in mente," jeremiacos trenos, y nosotros, departiendo con el nuevo compañero, que sólo cesaba de referirnos lances de caza y campesinas aventuras, para cuidar de su tordillo, noble y hermoso animal, mimado por nuestro amigo como una esposa en los primeros meses de la luna de miel. Cruzábamos espléndida floresta, dehesas y bosques, que si son hermosos cuando los abraza el ardiente sol de aquellos cielos, presentan singular belleza cuando, como en aquella mañana, viene á refrescarlos menudísima lluvia.

No tardamos en dejar la llanura, y pronto principiamos á subir la cuesta del Mexicano. A las primeras vueltas perdimos de vista los campos de Tuxpango, que iban quedando velados por la bruma; y ésta, más y más espesa á proporción que nos

acercábamos á la cima, envolvía en tules, en blondas, en vaporosos velos, los encinos y los itzcuahuites, las palmeras chamuscadas, que, como espectros, se alzan en las rozas, las heliconias risueñas que inclinaban hacia el estrecho camino sus resonantes hojas, los plataneros protectores de nuevos cafetos, en cuyas ramas, dulce promesa de cuantiosos rendimientos para el año venidero, despuntaba ya, en leves copos, nivea floración.

Por aquella cuesta trabajosa bajaban los indígenas camino de las llanuras, serenos, indiferentes á la lluvia y á los peñascales, y menos huraños de lo que esperábamos, se hacían á un lado, entre las acahualelas, para dejarnos libre el paso, y saludarnos en su lengua, en el idioma de Cuauhtemoc, con una frase reverencial que nunca llegan á decir completa.

Estupendo debe ser el panorama que desde allí se divisa á las primeras luces de sereno y hermoso día; pero, á decir lo cierto, dejándonos de fantasías y descripciones, en aquellos momentos sólo alcanzábamos á ver á las plantas que limitaban el camino por ambos lados, el suelo fangoso y las rocas resbaladizas por donde trepaban nuestras caballerías.

Caminábamos á través de la niebla. Aquello era como si fuéramos escalando nubes. El silencio de los viajeros decía bien claro que estaban acometidos de invernal

tristeza. De tiempo en tiempo, de los repliegues del monte, de las ocultas y hojosas hondonadas, alegres, agudos, vibrantes, subían los trinos del clarín montaraz, que, sin duda, al borde del nuevo nido nupcial requebraba de amores á su desdeñosa compañera.

Por fin llegamos á la deseada cima del Tlazololapan. De un lado barrancas profundísimas, cultivadas vertientes, peñascales bravíos; del otro, la montaña alta, boscosa, que parecía crecer á nuestra vista.

Allí salimos de la bruma, nos quitamos las mangas de hule, volvió á nuestras almas la alegría, y los rayos tibios de un sol benéfico bañaron en áureos resplandores las arboledas húmedas y las hierbas aljofaradas.

Descubrimos la casa de la finca en lo alto de una estribación. Pardo y triste edificio, reconstruído hace pocos años, pero que acusa todavía vetustez colonial, y que más parece morada de cartujos que habitación de labradores. Allí cantaban los gallos, cacareaban las gallinas, ladraban los perros, y de las arboledas que rodean la finca nos traía el grato viento meridiano mil aromas de flores desconocidas. Por momentos esperábamos oír el tañido solemne de la campana claustral. Veíamos el corredor, el terrado, los techos ennegrecidos, la capilla ancha, baja, sombría, conjunto semejante en un todo, salvo en

lo exuberante de la vegetación, aquí rica y sonriente, allá pobre y descolorida, al monasterio de la Rábida que hospedó al Genovés.

Para que la ilusión fuese completa, y nos creyéramos, ya que no en Huelva, si á las puertas de la Trapa, sólo faltaba un detalle que hubiera completado á maravilla el cuadro que teníamos delante: un monje pensativo, mudo como estatua, la vista en tierra y la mente en las cosas del cielo, que con la azada al hombro y la capucha calada, cruzara el tortuoso sendero y se perdiera en la espesura.

De cuantos íbamos allí, ni nosotros, ni el traductor de Shakespeare, ni el que tan orgulloso se mostraba de su buen terdillo, teníamos nada de Colones, ni jamás descubriremos un nuevo mundo. Acaso esta suerte está reservada á nuestro compañero, el de la incipiente vocación religiosa, el que salmodiaba "in mente" las quejas de Jeremías.

Acaso le esté reservado descubrir en Africa, ó en las islas del Mar del Sud, nuevas tierras, pueblos desconocidos, donde plante la Cruz de Jesucristo; millares de idólatras que por su mano serán bautizados, y salvados por su apostólico celo, de la esclavitud del pecado y de las cadenas de Satanás. Acaso, en tierras que la Geografía no conoce aún, sucumba en el martirio y vuele al cielo, llevando rica cosecha